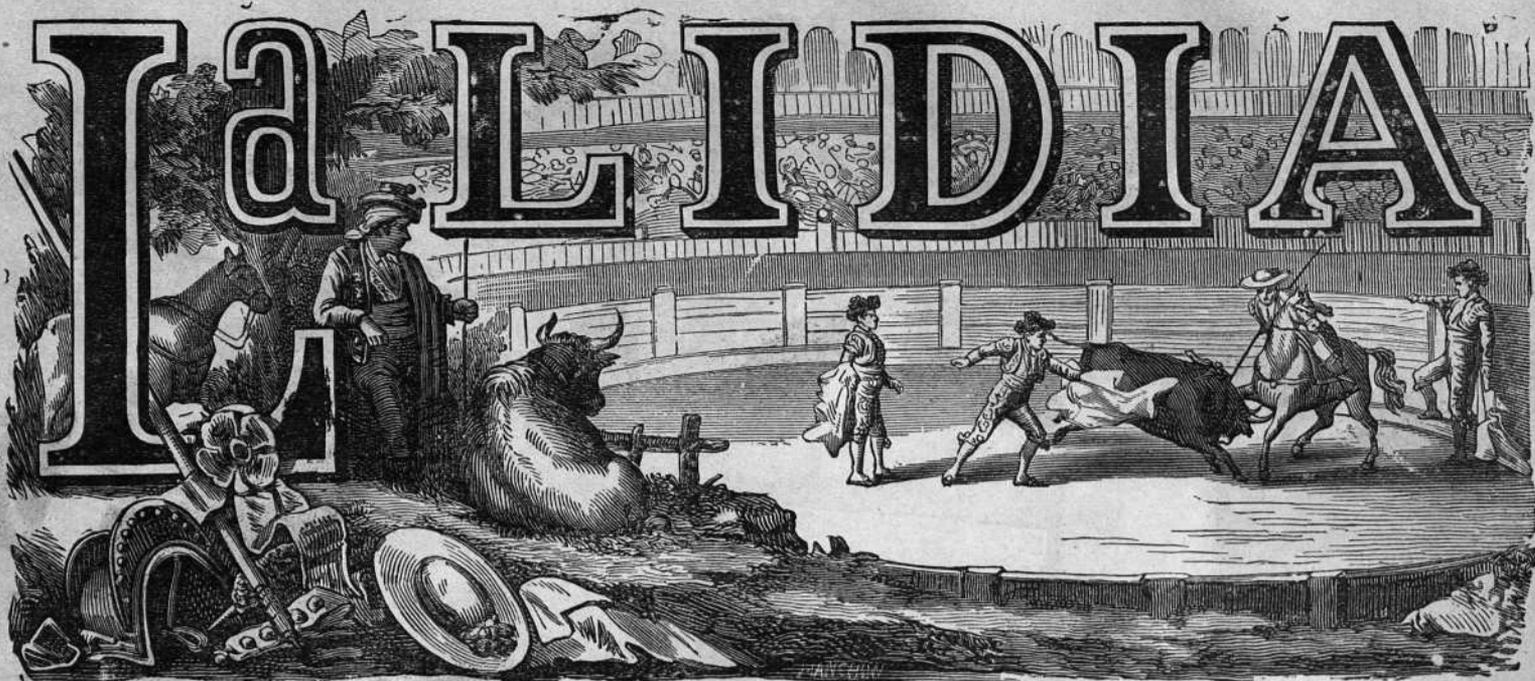


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.



PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

La correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO.

Nuestro dibujo.—¿Es de recurso la estocada á volapié? por D. José Sánchez de Neira.—Toros en San Sebastián, por D. Toribio Sánchez.—Toros en Aranjuez, por D. Cándido.

NUESTRO DIBUJO.

El accidente de la lidia que representa nuestro cromó de hoy es bastante frecuente en las corridas de toros. Al salir las reses del chiquero suelen arrancarse con vertiginosa rapidez detrás del primer capote que les llama la atención, y sólo cuando el torero y su defensa desaparecen detrás de la barrera, comprenden instintivamente el engaño y refrenan su impetu en la mayoría de los casos. Algunas, sin embargo, más bravas y codiciosas, rematan en las tablas, levantando astillas en la barrera ó desmenujando las maderas; y si á las condiciones expresadas se añaden las de tener el bicho gran cabeza y muchas arrobos, no es extraño que produzcan mayores destrozos, como los causados por Escribano, toro negro brugado, de hermosa lámina y considerable empuje, perteneciente á la ganadería del duque de Veragua, y lidiado en séptimo lugar en la última corrida de Beneficencia.

¿ES DE RECURSO LA ESTOCADA Á VOLAPIÉ?

Para mí no ha ofrecido nunca duda la contestación á esa pregunta, que no he oído hacer á persona alguna hasta los tiempos modernos, tal vez porque en ellos se abusa más de esa palabra, mixtificando su verdadero sentido, ó porque se haya dado tal amplitud á la ejecución de esa importante suerte del toreo, que puedan confundirla con otras de nuevo tecnicismo los que no fijan su criterio en el modo de practicarlas ni en las circunstancias que en ellas concurren. Observen detenidamente los que quieran entender las reglas ciertas, exactas, que los maestros han dado para la práctica de cada una de las suertes que el arte consigna, compárenlas con las que de él se apartan más ó menos, y atendiendo con cuidado á las diferencias que existen al realizarlas, encontrarán cumplida contestación á la pregunta que estas líneas encabeza.

Han supuesto algunos que es volapié toda estocada que da el diestro al toro cuando no le recibe ó aguanta, y en eso hay un lamentable error. Para que no pueda suponerse que quiero imponer mi criterio como dogma de fe, considero necesario explicar lo que realmente es esa estocada, según la definió el célebre Pepe Illo en su *Tauromaquia* y cuya autoridad no puede

ponerse en duda, tanto por su competencia en el arte que le dió nombre, como por haber sido testigo presencial de su invención cuando por primera vez la ejecutó el célebre Joaquín Rodríguez, Costillares.

«La estocada á vuelapiés, cuyo autor fué el famoso Joaquín Rodríguez (vulgo) Costillares, es la que el diestro se ve precisado á ejecutar con algunas reses que, rendidas y castigadas con las varas y banderillas, carecen del poder necesario para embestir en la estocada de muerte. Entonces, viendo el diestro que puede acercarse al toro con alguna seguridad, corre á presentarle la muleta, á cuya acción el toro baja la cabeza y proporciona á aquél la ocasión segura de meter el estoque, saliéndose inmediatamente del centro.»

Esa es la definición que da Pepe Illo del volapié, considerándole «cierto y seguro» con los referidos toros.

Exige, pues, el volapié que el toro esté aplomado y no quiera obedecer al engaño viniéndose á él cuando con insistencia se le llame, lo cual no sucede con las estocadas arrancando, al encuentro, á un tiempo y á paso de banderilla, en que si bien el matador va á herir de más cerca ó más lejos cuando el toro está quieto, viénesse éste al bulto ó engaño y recibe la estocada en el centro de la suerte, que unas veces se verifica á la mitad de la distancia que entre ambos media, como en la que es á un tiempo, y otras á las dos terceras partes ó más, según lo lejano del sitio en que el torero haya engendrado su movimiento de arranque.

Siendo esas diferencias tan esenciales entre sí, claro es que no puede equivocarse el volapié neto, como dijo Montes, con ninguna otra estocada, aunque sea parecida en un principio. Para aquélla, vuelvo á decirlo, el toro no ha de moverse de su sitio, aunque vea venir al diestro, hasta que sintiéndose herido se revuelva si le quedan bríos, ó se pare si el estoque le ha cortado la vida para caer redondo. Sucede en ese caso lo contrario de lo que acontece en la suerte de recibir, que tiene por requisito indispensable el de que el espada no se mueva, viendo venir la res hasta que haya pinchado, y en el volapié que el bicho no se mueva hasta ser herido: en el primer caso concurren por igual las voluntades encontradas de la fiera y el hombre; en el segundo no concurre más que la del último. En las demás estocadas ambos agentes, el diestro y el toro, ponen de su parte la voluntad para encontrarse, por más que el espada lleve

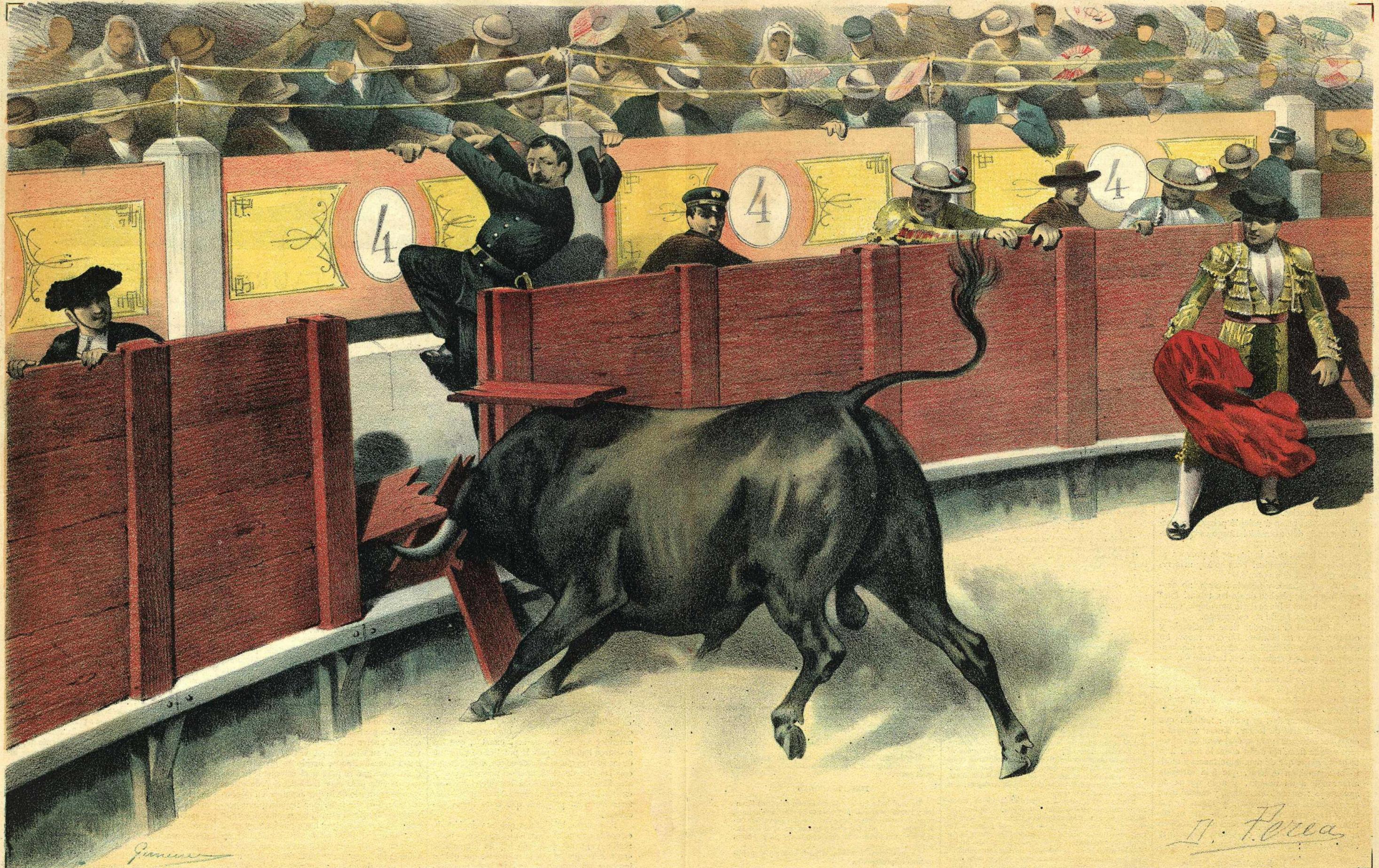
la ventaja del engaño y la facultad de usar de su agilidad, saliéndose del centro de la suerte, no sólo con el quiebro de muleta, sino también con el del cuerpo, siendo, por consiguiente, de más mérito entre éstas—entiéndase así—y por el orden que decimos la de «á un tiempo», la de «al encuentro» y la del «paso de banderillas», según el mayor uso que el lidiador hace de sus pies para consumirlas.

Conocido ya lo que es el volapie propiamente dicho, y sin consentir que al ser ejecutado haya movimiento alguno en los pies del toro, como al practicarse la suerte de recibir no ha de haberle tampoco en los pies del espada, voy á citar el texto de lo que han dicho autoridades notables en tauromaquia para deducir la consecuencia necesaria al objeto de este artículo.

Dice Pepe Illo en su *Tauromaquia ó arte de torear*, página 81 de la edición con láminas de 1804, que esa suerte es «la que el diestro se ve precisado á ejecutar con las reses que carecen del poder necesario para embestir», siendo contraria y peligrosa con los que se hallan en estado de entereza y actividad.

Montes, cuyo arte de torear es más extenso que el citado, y el mejor de cuantos se han escrito, al elogiar dicha suerte, dice: «Sin ella, no tendríamos recursos para matar ciertos toros que por su intención ó por su estado particular no arrancan, ni se prestan á suerte alguna»; y antes, mucho antes de que esas opiniones ó preceptos se emitiesen por maestros de tanta reputación como esos dos grandes toreros, un célebre aficionado, cuyo nombre conocen cuantos se han ocupado de la historia taurina, el señor D. José de la Tixera, en 13 de Mayo de 1801, al relatar la muerte desgraciada del matador sevillano, emitió su opinión del siguiente modo: «Las e tocadas á vuelapiés, inventadas por la refinada y original destreza de Joaquín Rodríguez Costillares, con el fin de que las clases de toros que le designaran y antes se mataba de muchas estocadas con demasiado riesgo, en el día se rematan con incomparable menos que cuando embisten y con la prontitud que vemos; únicamente deben usarse con los que por cobardes, cansados, débiles, vencidos de las varas y banderillas ú otra inopinada causa, no parten y consienten que el lidiador se les aproxime lo necesario al efecto, estando en la suerte que corresponde, en cuyo acto no debe detenerse en arrojarle á él, por las muchas y poderosas razones que por no dilatar me reservo.»

LA LIDIA.



El Bachiller Tauromaquia, D. Juan Corrales Mateos, que escribió en 1856 una regla del toreo muy extensas, y el inteligente aficionado práctico y distinguido escritor público que con el pseudónimo de «Arsenio» dió á luz en 1874 unos apuntes del toreo, que no tienen desperdicio, convinieron en que, para ejecutar la suerte del volapié, era preciso que los toros estuviesen sin piernas, *completamente parados*: añadiendo el conocido escritor taurino Santa Coloma en el año de 1876, cuando refundió y aumentó el arte de torear de Montes, y al hablar de la dicha suerte, las mismas palabras de tan célebre diestro: «sin ella no tendríamos *recursos* para matar ciertos toros.»

Y por último, el muy entendido escritor taurino Señor Sánchez Lozano, en su *Manual de la tauromaquia* publicado en 1882, previene con gran acierto que «es absolutamente indispensable que el toro esté *aplomado*, porque las reglas del volapié *estriban en su inmovilidad*.»

No hay para qué citar más autoridades: los buenos aficionados, los que algo entienden de tauromaquia, consideran como axiomas inconcusos las afirmaciones de todos los preceptistas: convienen unánimes en que para el volapié es preciso que el toro esté falto de fuerzas, sin piernas, aplomado, que le sea difícil moverse, y yo creo, y llego hasta el punto de afirmarlo, que si antes de recibir la estocada arranca hacia el diestro, la suerte pierde el nombre de volapié.

El volapié clásico, puro, legítimo y neto, como le llamó el gran maestro Francisco Montes, exige en el toro *completa inmovilidad*.

Pues bien: si el toro no viene al diestro, éste no puede hacer otra cosa que irse á él, y entonces, si ha de matarle á estoque, no hay otro recurso que realizarlo á volapié, y si no hay otro recurso, la palabra lo dice, *de recurso es la estocada*. Esto es innegable. Tan de recurso como el golleteo á la carrera, cuando el bicho no se para: tan de recurso como los que á la media vuelta y al revuelo de un capote suelen darse á los de mucho sentido; y tan de recurso como el paso de banderillas cuando el diestro falsifica el volapié y no sabe, ó no se atreve á alegrar al toro para esperarle, ejecutando suerte de más lucimiento.

Consecuencias.

¿Se mata el toro á volapié porque no puede matarse de otro modo? Luego es como *recurso*.

¿Se le busca, se le incita, se le provoca al arranque y no lo verifica? Pues no hay más *recurso* que irse á él á volapié.

¿Por ser cobarde y faltarle fuerzas, no acomete aunque le pinchen desde las tablas? Pues recurso indispensable es darle un volapié, como mejor se pueda, según su colocación.

Es decir, si el matador tiene conciencia y estima en algo su nombre. De otro modo, tomando carrera, describiendo círculos y pinchando sin sujetarse á regla alguna, también mueren las reses, pero... no quiero decir de que manera.

No alcanzo la razón de haberse puesto en duda que el volapié es la estocada primera de las llamadas de recurso. Tal vez hayan creído algunos, que al considerarla así desmerece de las demás conocidas: es posible también que ignorando el arte de torear, llamen volapié á cualquier estocada para la cual vean que el torero va á la fiera, sin mirar cómo lo hace: hasta habrá gente que dé más importancia y mérito al volapié, en general, que á la estocada arrancando á un tiempo, y á la que se da aguantando: de todo eso habrá, y mucho más; pero piensen como quieran, y digan lo que mejor les plazca, lo indudable, lo que no admite razonada réplica, la verdad axiomática en el arte taurino, es que *Costillares inventó el volapié, como estocada de recurso*.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

TOROS EN SAN SEBASTIÁN.

Nuestro distinguido corresponsal en la capital de Guipúzcoa nos dá cuenta de la última corrida celebrada en aquella ciudad el 2 del corriente, en la siguiente forma:

«Bajo la presidencia del teniente alcalde Sr. Lafitte se verificó la corrida en que el diestro Manuel García el Espartero, con su cuadrilla, eran los encargados de lidiar seis toros de la ganadería del conde de Espoz y Mina, pertenecientes antes á Carriquiri.

Después de los preámbulos de ordenanza, se abrió el chiquero y fueron saltando sucesivamente á la arena: *Campanero*, negro lombardo, listón, bragado y astifino; *Cisquero*, negro listón y corniapretado; *Chocolatero*, colorado, de libras y bien armado; *Serrallo*, colorado ojalado, astiblanco y abierto; *Granadino*, colorado, ojo de perdiz, de muchas arrobos y bien puesto, y otro toro negro zaino, sin divisa, de alguna menes representación que los anteriores.

El ganado, grande en general, muy cuidado y voluntario, dejó algo que desear en poder y no recargó todo lo que de esta cualidad característica de la vacada era de esperar. Aguantaron entre todos de 35 á 40 varas y algunos marronzos, propinaron 12 caídas y mataron 12 caballos. En banderillas; se quedaron algo, y á la muerte se presentaron manejables, por más de que alguno llegara incierto ó huído.

EL ESPARTERO

Toreó á su primero con gran serenidad, pasándose una vez sin herir. Volvió á pasarlo de muleta, recatándole un pinchazo en hueso. Después de otros varios pases termina con una media estocada y otra entera, las dos muy buenas. (Palmas y cigarros.) El toro huído, por lo que resultó la faena algo pesada.

Su segundo fué muy noble. Lo pasó bien, despachándole de un bajonazo.

Pasó muy en corto á su tercero, tirándose con media estocada bien señalada, y después de algunos pases más, le atizó una entera tan bien puesta como la anterior, que hizo morder el polvo á la fiera.

Del cuarto se deshizo con un pinchazo y una baja. En el trasteo estuvo bien.

La faena del quinto consistió en una atravesada, un pinchazo y media delantera.

Al último de la tarde le dió una corta algo perpendicular, de la cual no hubiera caído sino es por un peón, que desde la barrera ahondó el estoque de un capotazo.

En resumen: el matador ha estado pasando toda la tarde muy en corto y sereno, señalando algunas estocadas muy bien. Arquea mucho el brazo al herir. En los quites muy trabajador. La dirección mal.

LOS BANDERILLEROS

No merecen ni que se les mencione siquiera. Ni un solo par colocaron que fuera aceptable, pasando toda la tarde en correr de un lado para otro y en tirar los palos en la arena.

LOS PICADORES

Trabajaron con mucha voluntad, poniendo buenas varas, sobresaliendo entre ellos Caro y Matacán.

La entrada muy buena. La presidencia bien y el servicio de la plaza mejor que otras veces.

TORIBIO SÁNCHEZ.

ARANJUEZ.

Corrida de feria.—5 Septiembre 1888.

A las once y cuarto de la mañana el andén de la estación del Mediodía era un hormiguero humano de aficionados madrileños poco madrugadores puesto que ya anteriormente habían salido para el Real Sitio buen número de personas de la heroica villa en dos trenes preparados al efecto.

En este último convoy iba, como si dijéramos, el elemento oficial. Revisteros de todos los periódicos profesionales y de los diarios de más circulación; las cuadrillas encargadas de la lidia; otros muchos toreros que asistían como meros espectadores, y gran concurrencia de *amateurs* desinteresados se colocaron como pudieron en 22 coches, que, arrastrados por dos máquinas, los dejaron sanos y salvos afortunadamente, pero bien estrujados, en la estación de Aranjuez, á la una y minutos de la tarde.

Hasta poco antes de las cuatro de la misma, discurren animadas caravanas por el local de la feria, las espaciosas calles y las frondosas alamedas del Real Sitio, y á esta hora la incómoda y vetusta Plaza de Toros, construida «reinando Fernando VII», según la inscripción pintada sobre el palco real, presentaba un bullicioso aspecto en el tendido, literalmente cubierto; apacible quietud en la grada, casi vacía, y bella perspectiva en los palcos, ocupados por elegantes y agraciadas señoritas.

Sonó el clarín, verificóse el paseo de las cuadrillas y se dió principio á la fiesta, que ofreció el siguiente resultado.

EL GANADO

De la vacada de D. Jacinto Trespacios, como todos los demás, era el primero: negro, bragado, de hermosísima lámina y bien puesto. Bravo y de gran cabeza, aguantó ocho varas, dió cuatro caídas y mató cuatro caballos. Noble en banderillas y muerte; lo que se llama un gran toro.

El segundo, castaño albardado, buen mozo y cornigacho, tomó con voluntad, pero sin poder, nueve varas matando un caballo. Se huyó algo en banderillas y acudió bien á la muerte.

El tercero, del mismo pelo que el anterior y corniabierto, aceptó, doliéndose al castigo, siete varas y mató un caballo. Cortaba el terreno en banderillas y se huyó en la muerte.

El cuarto, negro zaino, meleno, enjuto de carnes y bien puesto, fué blando en varas, tomando cinco sin más consecuencias. En palos y muerte quedado.

El quinto, negro bragado, de bonita lámina y algo cubeto, hizo una bravísima pelea de nueve puyazos, cinco caídas y un caballo. Llegó á banderillas y muerte recelándose.

Y el sexto, castaño albardado y con hechura de buey, sufrió ocho garrochazos, causó tres caídas y mató dos caballos, pasando á banderillas y muerte huído.

En conjunto, el ganado, que estaba bien criado, ha sobresalido en el primer tercio, mostrando en los otros dos tendencias á la huída, excepto el primero.

LOS ESPADAS

Valentín Martín.—Se encontró en su primer toro á un animal tan noble que se le llevaba con la muleta donde se quería. A los cuatro pases le tuvo cuadrado, y tomándole desde lejos se tiró con una gran estocada que resultó un poco caída y contraria por la circunstancia antedicha. El diestro oyó aplausos merecidos.

Su segundo, que estaba algo huído, le desarmó en el primer pase, y ya con esto el matador se desconfió lo suficiente para engendrar una faena de treinta y tantos muletazos, ninguno de los cuales llegó á castigar á un toro que necesitaba castigo para apoderarse de él, y al cabo de ellos le agarró con una estocada caída y contraria á paso de banderilla y otra á volapié del mismo género, que dieron en tierra con la fiera.

En su tercero y último, si huído estaba el bicho, no le iba en zaga el espada, resultando un trabajo aburrido y pesado, en el que los pases no llegaron al número de pinchazos, que fueron seis, amén de media estocada tendidísima, que consiguió que el toro doblara y le rematara el puntillero.

En banderillas, Valentín puso al sexto un magnífico par de frente. En la brega estuvo muy trabajador, adornándose en los quites y sosteniendo con Guerrita un verdadero pugilato de monerías en el primer tercio del toro quinto; y en la dirección ni bueno ni malo.

Guerrita.—Su primer toro se prestaba para lucirse con la muleta y el muchacho no desaprovechó la ocasión. Con cinco pases de abanico, dos cambiados y uno con la derecha, perfectamente concluidos, le preparó para una gran estocada á un tiempo, un poquito delantera, tirándose á dos palmos de la cuná. La ovación fué entusiasta y aunque algunos pidieron que le dieran el toro, como la mayoría eran madrileños y aquí no se estila eso, se quedó sin oreja.

A su segundo, que estaba quedado, le trasteó con inteligencia, empleando solo cinco pases para una media estocada muy buena, que no fué entera por tropezar el estoque con dos banderillas clavadas en el sitio más favorable á la muerte.

En el último, y puesto que el buey reunía las mismas condiciones que el de su compañero, empleó la misma faena que aquél, ó sea cinco pinchazos, media estocada pasada y un descabello á la segunda.

Pareando no quedó tan bien como Valentín, saliendo del paso con un palito al sesgo.

En los lances de capa al cuarto toro superior. Dos verónicas de maestro y otras dos de frente por detrás, tan buenas como de gran lucimiento y que le valieron muchísimas palmas.

En la brega incansable y sacando todos los recur-sillos y floreos de su toreo especial, hasta el de entrar al quite con la chaqueta de un entusiasta.

LOS BANDERILLEROS

Muy bueno Cayetanito y bueno Hierro en el primero; bien Mojino y Primito en el cuarto, y los espadas en el sexto.

LOS PICADORES

De todo hubo en la viña del Señor; mientras Fuentes y Pegote pusieron muy buenas puyas, hubo animal, como el cuarto, que se encontró con dos garrochas en vainadas en la piel por obra y gracia, no sé si del Pajarero ó del Calesero, lo cual demuestra no ser buen *piquero*.

La presidencia acertada, la tarde buena y el público bien impresionado.

DON CÁNDIDO.